FRANCISCO VILLAESPESA

RESVRRECCION

NOVELA

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 1

Año I 5 Febrero 1917 Núm. 1

La Novela Contemporánea

PUBLICACIÓN QUINCENAL LITERARIA

Redacción y Administración:
Cortes, 498 - Barcelona

Director:
EUSEBIO HERAS

Esta nueva Novela publicará el 5 y 20 de cada mes una obra rigurosamente inédita de los más brillantes escritores, tanto nacionales como extranjeros, consagrados por el público y sancionados por la crítica, viniendo a constituir de este modo la Biblioteca maestra en su género, ya que en ella ha de figurar la literatura novelesca en sus diversas manifestaciones, jocosa, profunda, entretenida, sentimental o trágica, realzada por la firma de los maestros indiscutibles del género, como iremos demostrando en el transcurso de esta revista.

Por otra parte, su presentación material, cuidada con el esmero que puede apreciar el lector y su relativa baratura la recomiendan, por sí solas, a todos los verdaderos amantes de la novela contemporánea.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

FAMILIA MODELO

por JOAQUÍN DICENTA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PARA ESPAÑA	PARA EL EXTRANJERO
Año. . . . . 7 ptas.	Año . . . . . 14 ptas.

Número suelto: 50 céntimos

ANUNCIOS A PRECIOS CONVENCIONALES

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 2

28,85 €

RESURRECCIÓN

M. C. 7

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 3

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
ZARAGOZA
ESPAÑA

ESTA OBRA NO
SE PRESTA

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 4

FRANCISCO VILLAESPESA

RESURRECCIÓN

NOVELA

R- 9009 A

EXCMA. DIPUTACIÓN
PROVINCIAL ALMERÍA
BIBLIOTECA

E. HERAS, EDITOR
CORTES, 498
BARCELONA

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 5

ES PROPIEDAD DEL
EDITOR

Tip. ELECTRA, Valencia, 200

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección.; p. 6

I

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 7

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 8

M. C. L.

Envueltos en la poesía suâve y melancólica de un atardecer primaveral, se encontraron, de improviso, al descender un escarpado sendero, frente al enigma azul y polifónico del mar latino.

Ninguno de los dos había olvidado la lejana y juvenil comunión de sus almas, aquellos luminosos y plácidos momentos en que la felicidad pareció querer cobijarles bajo la fugitiva caricia de sus alas trémulas, en el encanto imborrable de un beso rápido, da-

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 9

do a hurtadillas, a la sombra fresca y protectora de los sauces que encauzan el río, o en las fragancias de los recodos floridos de rosas y de jazmines, que sombrean la blancura geórgica del molino.

¡Bellas horas de amor y de confidencias, de ensueños desmesurados y de nobles ambiciones, que dejaron en el fondo de sus almas, al desaparecer para siempre, disipadas por las vicisitudes de la vida, una nostalgia de infinito, un ansia de ternura y una sed insaciable de ideal!

Ambos, al encontrarse de nuevo, se detuvieron, profundamente turbados, como ante el milagro de una aparición, y sus manos se estremecieron convulsas, al estrecharse cordialmente, como si en ellas resucitase, más vivo aún, todo el ardor de las antiguas despedidas.

Octavio, inclinándose galantemente, murmuró, casi al oído de Silvia, ater-

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 10

ciopelando sus palabras con una dulzura y una suavidad que a él mismo le parecieron extrañas:

—Jamás pensé volver a contemplarte, embelleciendo con tu presencia la soledad augusta de estas remotas playas. Aun dudo si eres en realidad una bella criatura humana, desbordante de juventud y de belleza, o el fantasma de un recuerdo que en estos melancólicos lugares, a la evocación de mi deseo frenético y vivificador, surge de no sé qué confusas y divinas lejanías del olvido.

Y devorándola con los ojos, escudriñando, hasta en lo más profundo de las suaves pupilas amadas, la impresión que le producía aquel encuentro fortuito, permaneció un instante, mudo e inmóvil, petrificado en mitad del sendero, como temeroso de que una palabra, o un gesto, pudiesen disipar imprudentemente el encanto alado de aquella aparición frágil y tímida, disolviendo la armonía celestial de su belleza en la

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 11

bruma vaga y temblorosa que humeaba, como un holocausto, del fondo del acantilado, al choque espumoso y glauco de las olas contra la aspereza indómita de los roquedos.

Y Silvia, con la voz débil, desfalleciente, en un suspiro trémulo de confidencia fraterna, empezó a relatar la larga y lamentable historia de su vida: un doloroso y resignado poema de vulgaridades y de miseria cotidianas.

Inconsecuencias de la fortuna: un viaje precipitado a las costas cantábricas; y allá, en las sombrías y frígidas soledades de un viejo caserón de la montaña, la muerte de la madre, en una noche obscura de tempestad, mientras el viento aullaba en los robledales, haciendo estremecer siniestramente las ventanas desvencijadas y las puertas carcomidas de su solar en ruinas...

Y ella misma, víctima de una penosa enfermedad del pecho, que le hacía más

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 12

pesada aún la desgracia de su orfandad...

Todo el gris frío y sucio de aquellos cielos parecía ensombrecer su alma, escalofriando, a veces, su cuerpo con un presentimiento de muerte cercana.

Los médicos le habían enviado a aquellas playas serenas y claras del mediodía, donde transcurrieron las horas más bellas y alegres de su adolescencia, para que se restableciera...

—Y aquí me tienes otra vez, esperando que la vida sana, y el calor de esta tierra fecunda, devuelvan a mi alma y a mi cuerpo la animación y la salud que ha perdido. Mis ojos necesitan el deslumbramiento de este sol, y mis pulmones el aire cálido de estos valles...

—¿Y no recuerdas?...—se atrevió a susurrar Octavio.

Pero Silvia, grave y serena, haciendo un gesto de silencio y de renuncia-

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 13

ción, le interrumpió, con una dulzura melancólica:

—¡Paz a los muertos!

Y prosiguió sencillamente su camino, sin una palabra, sin una mirada donde aun palpitase la antigua conmoción, esfumándose en el encanto romántico de la hora, con la suavidad de una visión apenas entrevista en sueños.

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 14

II

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 15

Octavio se quedó pensativo, viéndola alejarse, impresionado de pronto, violentamente, por el recuerdo de aquel amor lejano que surgió florido y exuberante como una primavera tropical, para morir después en la fatiga y el cansancio de la ausencia prolongada, dejándole sólo una vaga nostalgia melancólica, una saudade vaporosa y dulce de labios frescos, de ojos claros y de manos de seda.

Él, en sus luchas diarias con la naturaleza, permaneció siempre ardiente

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 17

y entusiasta, vigilando con tenacidad sus fuerzas y sus armas, pronto a la conquista de nuevas metas ideales, enloquecido por la embriaguez del triunfo...

Y aquel casto y puro madrigal de su adolescencia, se fué olvidando ante la sonoridad estruendosa de su epopeya de gloria.

Silvia, en cambio, había salido de sus combates con el dolor, con alma atemorizada y el cuerpo enfermo, dominada sólo por dos deseos vivísimos y contradictorios, paralelamente fuertes y tenaces.

Poder vivir, librarse de la muerte, cuya guadaña sentía a veces helar de espanto su cuello, pero vivir sola con sus recuerdos, haciendo de ellos su único culto, abandonada de todos y de todo, sin anhelar una caricia o un beso, dedicada íntegramente a la contemplación dolorosa de todas las cosas lejanas y dispersas de su vida.

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 18

Hacía del dolor su única y suprema aspiración.

Sólo de vez en cuando un hálito fragante de deseo la agitaba, estremeciéndola hasta en sus vísceras más ocultas, mostrándole todo el mal y toda la gris monotonía de aquella existencia sin ideales.

Y ante su vista turbia y fatigada, aparecían entonces, con deslumbramientos de relámpago, los espléndidos y mágicos panoramas de su paraíso perdido, los encantados jardines de Armida, a los cuales debía aspirar de nuevo como a una liberación suprema.

Mas estos espejismos duraban bien poco, volviendo a caer de nuevo en el silencio grave y triste, en la aridez eterna y desolada de sus mudos desiertos espirituales...

¿Quién podría coronar de nuevo, con las más fragantes guirnaldas de la esperanza, el mármol mutilado y estéril de su vida sin objeto?

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 19

¿Qué mano podría conducirla otra vez hasta los umbrales de una felicidad imposible?

¿Qué voz resucitaría milagrosamente, en el sepulcro de su corazón, al amor muerto?

Octavio comprendió la infinita amargura de aquella pobre juventud, tan amada por él en otros tiempos y que aun hoy deseaba como una promesa incumplida.

Mas, ¿cómo hacerse entender?

¿Cómo atraerla de nuevo al encanto de la vida?

¿Tendría aun las fuerzas necesarias para arrancarla de la obscuridad y el silencio en que se asfixiaba, y mostrarla nuevamente a la plena belleza de las cosas?

De su corta entrevista a orillas del mar, él había sacado una convicción cruel y dolorosa, que le martirizaba, despertando en su corazón todas las hi-

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 20

dras venenosas y voraces del remordimiento.

Silvia permanecía indiferente a todo.

Nada le impresionaba. Ni la poesía del mar, ni la grandeza de los altos montes nevados, ni el encanto de las colinas en cuyas faldas florecían, nupcialmente, las fugitivas blancuras de los almendros y de los naranjos.

Al contrario, le había dicho, con una voz muerta a toda esperanza, que aquel espectáculo maravilloso le fatigaba.

Y no era mezquindad de ánimo, no.

Su espíritu estuvo siempre abierto de par en par a la contemplación de todas las cosas grandes y nobles de la tierra y de los cielos.

¿Por qué ahora esta desilusión?

¿Quién había tronchado brutalmente las alas esplendorosas de aquel espíritu ávido de luz, para sumirlo para siempre en la ceguera y en el silencio de la nada?

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 21

Y al contemplar sus manos, a los últimos reflejos del sol poniente, sintió de súbito un profundo y violento horror de sí mismo, como si estuviesen teñidas aun por la sangre de algún crimen lejano e irredimido.

Y así, las dos almas, sufrían silenciosamente, recelosas y cansadas, y sin embargo, anhelantes de desbordarse de amor en la copa infinita de la vida.

La primavera surgía en una exuberancia de flores, de luces, de perfumes y de estremecimientos vitales. El aire tenía calideces de nido y las ondas arrullos de tórtola encelada.

Ellos, con el oído atento, parecían esperar la divina palabra renovadora, a cuyo són, los desiertos de su alma florecerían en un nuevo y divino milagro de amor.

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 22

III

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 23

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 24

Todas las tardes, a la misma hora, volvían a encontrarse, tácitamente, en aquellos mismos lugares, como arrastrados por una fuerza oculta y poderosa, superior a todo el esfuerzo doloroso de sus voluntades exaltadas.

¿Qué nuevas y maravillosas sirenas les atraían, con la fascinación suave y sonora de sus cánticos sobrehumanos, hacia la orilla apartada y remota de aquel mar eternamente azul y eternamente cambiante, como la viva paradoja de sus almas inquietas y serenas a un mismo tiempo?

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 25

¿Qué desenterrados y deslumbrantes tesoros de maravilla buscaban todos los días, en el recogimiento casi místico de aquellos parajes solitarios, donde hasta las aves marinas, y los barcos de pesca, pasaban a lo lejos, de largo, como respetando la solemne quietud de aquel remanso de paz inefable, de aquel rincón de ensueño, hecho a posta para el éxtasis supremo de las más íntimas confidencias y de las más silenciosas contemplaciones?

Las mismas olas parecían amortiguar sus rumores, idealizándolos en una suavidad de sedas que se rasgan, al besar con la plata flúida y trémula de sus espumas frágiles las arenas de oro, que el crepúsculo enjoyaba con sus más profusas y ricas pedrerías.

Antes que declinase el sol, estuviesen donde estuviesen, sentían la necesidad imprescindible y tirana, el anhelo irrefrenable de dirigir sus pasos, como en una santa y piadosa romería,

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 26

a aquel sendero marino y oculto a toda mirada indiscreta, donde habían vuelto a encontrarse después de tantos años de ausencia.

Él abandonaba sus libros o sus bocetos, en el amplio estudio abierto al milagro de la luz y al perfume salobre del mar; ella dejaba, sobre la mesita de laca, colocada frente al mirador, desde donde sus pupilas se extasiaban ante los fértiles y pródigos panoramas del valle, los encajes de la labor recién comenzada.

Se encontraban siempre en lo alto de la senda. Descendían lentamente hasta la playa, y allí, sentados, al amparo de unas rocas, conversaban con familiaridades infantiles.

Pero sus almas, sus pobres almas tenaces y crueles por tantas fatigas y sufrimientos como las habían trabajado y endurecido, no dejaban transparentar, ni por un momento, en sus palabras o en sus gestos, la voracidad del

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 27

incendio interior que las consumía, devorándolas hasta en sus más ocultas raíces.

Hablaban siempre de cosas indiferentes o lejanas: de las próximas cosechas; del estado floreciente de sus cortijos de la sierra y de sus haciendas del valle; de los ganados que pastoreaban en las fértiles riberas del río; de la paz y el sosiego de aquel pueblecillo de labriegos y de pescadores...

A veces evocaban las épocas remotas y felices de su infancia, cuando correteaban, bajo la vigilancia materna, por los senderos del soto, o entre los laberintos del jardín, buscando nidos o cazando mariposas.

Él, la narraba, a media voz, sus grandes amarguras de luchador infatigable, sus gloriosos esfuerzos por domar las rebeldías tenaces de la piedra, para infundir alma eterna a la materia perecedera e inerte, siempre solo en su estudio, allá en la ciudad amarilla y

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 28

febril, lejos de la naturaleza, empeñado en crearla a fuerza de cincel y de martillo.

Ella, le conmovía con el relato gris y nebuloso de sus horas de orfandad, vacías de todo afecto, encerrada como una reclusa en la vieja casona solariega, sin más cuidados que las mercenarias atenciones de una antigua criada.

Mas los dos evitaban cuidadosamente hablar de su adolescencia, sobre todo de aquellos días en los que en el silencio nocturno, bajo la blanca comunión de la luna, se juraron amor eterno, a través de las rejas floridas de nardos y de jazmines, mientras los ruiseñores desfallecían en un trino de cristal en los granados y en los naranjos de los huertos.

Sólo en las pausas de sus diálogos se les veía temblar, agitarse, como estremecidos por un deseo ardiente e impetuoso...

En las comisuras de sus labios con-

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 29

traídos, parecían aletear las confesiones de sus almas, próximas a entregarse, a confundirse, en un abandono de sinceridad salvadora.

Pero al romperse de nuevo el silencio, tornaban a recuperar su marmórea inalterabilidad de esfinges, como avergonzados o temerosos de que, por un solo instante, la una pudiese leer en el fondo de la otra la palpitante impaciencia, el ansia desenfrenada de rendirse, de humillarse otra vez bajo la dulce tiranía de aquel amor milagroso, que como el fénix de la leyenda, renacía más fuerte y más bello de sus propias cenizas.

Sus vidas estaban como petrificadas en el recuerdo claro y luminoso de su adolescencia, y todas las amarguras del presente y todas las desgracias que pudiera encerrar su destino futuro, no les interesaban.

Y así, sin querer, en el naufragio vulgar y sórdido de sus existencias

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 30

desencauzadas, tendían el uno hacia el otro, fatalmente, persiguiéndose y esquivándose, en el esfuerzo inaudito de su esperanza desesperada.

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 31

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 32

IV

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 33

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 34

Poco a poco, fueron sintiendo la necesidad imperiosa de prolongar aquellas entrevistas, de verse más a menudo, para desahogar, aunque sólo fuera en la charla banal y frívola de sus conversaciones cotidianas, la tormentosa inquietud que agitaba sus corazones.

Ya no les bastaban aquellas confidencias crepusculares, en el recogimiento de la marina, sino que procuraban encontrarse también, por las mañanas, al tornar de misa, en las frondosas alamedas que prestaban sombra al molino; y

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 35

a veces, Octavio, con gran escándalo de los corros de comadres que cuchicheaban en torno de la fuente, y de las graves tertulias que entretenían sus ocios en la puerta de la farmacia, penetraba, aprovechando cualquier pretexto, en la vieja casona de Silvia, enclavada con sus fuertes torres y sus murallones de ladrillo, como una fortaleza, en uno de los extremos de la plaza.

Y allí, en aquellos amplios salones, ennoblecidos por los años, tapizados de azul pálido, con sus estrados de damasco rojo y sus grandes consolas doradas y sus cornucopias y miniaturas del siglo XVIII, revivían, en el silencio conventual de las horas, las pasadas alegrías de sus adolescencias.

Cada rincón, cada mueble, los evocaba un antiguo episodio de aquel amor que fué el glorioso y vehemente despertar de sus corazones al encanto exaltador y fecundo de la Vida.

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 36

Detrás de aquel biombo de seda carmesí, en cuyo fondo de brasas aleteaba triunfalmente un fúlgido bando de cigüeñas de oro, al final de una velada de invierno, mientras sus familias se despedían en torno del hogar, él, todo pálido, con la voz balbuciente y los ojos bajos, temblando de emoción, interrogó por vez primera, con la más divina de las interrogaciones, a la ansiedad de Silvia, y la palabra amor, la santa palabra misteriosa que le hacía desvelar y enrojecer, en sus largas noches de soledad y de fiebre, se escapó por fin, temorosamente, como un leve suspiro, de la virginidad fresca y roja de sus labios.

Al lado de aquel piano, una tarde de soledad y de abandono, ella le confesó también su amor, en una lágrima furtiva, mientras sus manos suavemente acariciaban los viejos marfiles del teclado, y la lluvia resbalaba, en un des-

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 37

garzamiento de perlas, sobre los altos cristales de la vidriera emplomada...

Allá, en el descanso de la escalera que desciende hasta el patio, a la luz medrosa y vacilante de la lámpara que ilumina la imagen milagrosa de la Virgen de los Remedios, las manos de los amantes, en un apretón que les hizo vacilar y estremecerse hasta en lo más profundo de sus entrañas, se estrecharon por vez primera...

Y en aquel esbelto mirador de mármol, que cubierto de jazmines y de pasionarias, se abre sobre el florido mirage del valle, en la penumbra violeta de un crepúsculo de estío, mientras las campanas saludaban al Angelus y la luna naciente espolvoreaba de plata las cumbres lejanas del monte, sus labios probaron, en una absorción lenta y voraz de alma y de cuerpo, la embriaguez desbordante y única del beso...

Y ahora, recordando todas aquellas

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 38

dulzuras perdidas, permanecían largos ratos sentado el uno frente al otro, ajenos al presente, en un silencio tácito, apenas interrumpido por el latir ansioso, y casi sollozante, de sus pechos oprimidos...

En la tribulación de sus almas sólo una palabra pódía redimirlos, devolverles de nuevo todas las fuerzas y las alegrías de la vida y hacer florecer, en el sepulcro de sus corazones, la divina ilusión de la esperanza.

Pero sus labios tenaces y duros se negaron a pronunciarla.

Pasaban horas enteras en grandes pausas de silencio sin tener ni el valor de mirarse, como temiendo que pudieran leerse en sus ojos la divina palabra que se negaban obstinadamente a articular sus labios.

Una noche, casualmente, en las penumbras del salón, sus manos, al gesticular, se enlazaron... Silvia dejó escapar un leve sollozo entre la sombra...

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 39

—¿Qué te pasa?—suspiró Octavio, aproximándose a la desfalleciente y envolviéndola en los cálidos efluvios de su aliento de fuego...

Y en el trémulo acento de su voz, había como la promesa de una revelación próxima a cumplirse...

El silencio fué a abrir sus labios; una claridad de aurora pareció querer rasgar las tinieblas...

Pero todo volvió a sumirse en un anonadamiento infinito...

Silvia se alzó de repente, y tambaleándose como si estuviese ebria, ordenó a la vieja criada que encendiese las luces de las arandelas antiguas, que lloraban, sobre las vejeces descoloridas del salón, sus largas y oscilantes lágrimas de cristal y oro...

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 40

V

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 41

Silvia regresa de pasear la irritabilidad de sus nervios por las praderas verdeantes de tomillos, y vuelve con aromas campestres en los volantes de la falda y una calma sangrienta en los pedazos de su corazón, desgarrado por nuevas ansias y por nuevos anhelos.

La Primavera empezaba a despuntar en su alma, y sentía el temor y la angustia que hace estremecer a los árboles al sentir la inquietud de los brotes tiernos próximos al milagro del florecimiento.

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 43

Se sentó fatigada sobre la fina y olorosa hierba que crece junto a los viejos y ennegrecidos muros de una casita abandonada en el silencio y en la soledad campestres.

Su cabeza, un poco fría en las sienes, se alzó, en un gesto desesperado y mudo de súplica ardiente, a aquel rincón del cielo donde los últimos rayos del Sol poniente envolvían en vivos reflejos de oro cálido todo un mundo confuso y embrionario de cosas empalidecidas bajo los soplos postreros de su luz moribunda.

Y permaneció allí, inmóvil, con las manos caídas a lo largo de las rodillas, y los ojos siempre fijos en una pequeña estrella que chispeaba, como una lágrima de plata, más allá del tembloroso azul del infinito...

¿Podría, por fin, su ansiedad de virgen impaciente arrancarla de aquel manto de Purísima, para colocarla, como un emblema divino, sobre la mar-

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 44

mórea palidez de su frente?... ¿Podría aun su pobre alma de reclusa romper las prisiones donde se marchitaba, y volar libre, por los espacios sin límites, como aquellas aves que se perseguían y se remontaban por los cielos serenos?...

¿Habría llegado el momento propicio para poder recoger en sus manos anhelantes las delicias y los encantos de una nueva ilusión?...

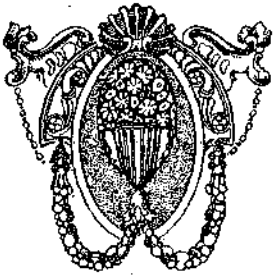
Sentía su corazón desbordante de dulzuras como un panal.

Su misma carne tenía turgencias de poma madura que empieza a entreabrirse, para ofrecer su miel al caminante... Y se alzó pálida, extenuada, de aquel descanso agreste... Y al andar, tuvo que apoyarse en el tronco de un almendro florido, porque sus plantas se negaban a sostenerla...

Y allí, reclinada sobre la corteza rugosa del árbol, dejó correr sus lágrimas. en un llanto suave y lento...

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 45

Y es que sintió, al oprimir con sus manos ávidas las turbulencias de su seno, latir entre ellas, como un pájaro estremecido, su viejo amor, aquel amor que había sido la única y suprema aspiración de su vida...



Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 46

VI

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 47

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 48

Sentía un ansia instintiva de estar sola, de interrogar a su alma, en el silencio y en la soledad de su alcoba. En la gran cocina, la gente de la casa reía a plena garganta en torno de un perro flaco y lanoso, que pirueteaba junto a la amplia chimenea campesina.

Nadie advirtió su presencia, y a tientas llegó en medio de la sala, en cuyo fondo le atraía un espejo con sus ambiguos encantamientos de plata.

Encendió una bujía, y colocándola sobre una vieja consola, dentro de un

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 49

alto candelabro de plata oxidada, se aproximó, en un impulso de curiosidad irrefrenable.

Mas, de súbito, una misteriosa realidad le obligó a retroceder...

¿Qué secreta y extraña coquetería le había impulsado, en aquella tarde, a apretarse el corsé, a vestirse un claro y vaporoso traje, casi nupcial, y prenderse en el escote y en los cabellos manojos de flores blancas, como si fuese una novia que se encaminaba al altar?...

Largo tiempo contempló avaramente su peinado caprichoso, su pie calzado finamente, su talle esbelto al cual se anudaba una cinta de terciopelo, y sus manos largas, finas y aristocráticas, en cuyos dedos, de una blancura eucarística sangraba, con toda la violencia de un deseo, el rojo húmedo y vivo de un rubí de Oriente.

Y triste, con la tristeza que le causaba la admiración de aquella su belleza

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 50

inútil y estéril, con los ojos a medio cerrar y los labios ligeramente contraídos, ensayó una sonrisa, quizás un poco helada, quizás un poco ardiente...

Estaba tan cerca del espejo, que sin darse cuenta, su aliento se extendía sobre la limpidez del cristal como un velo de ilusiones.

Y detrás, y detrás de ese cristal obscurecido, vió borrarse lentamente su figura blanca, huir, esfumarse, no quedando más que un perfil lejano y vago...

Algo invisible le besaba, con largos y audaces besos de fuego, la tersura ebúrnea de su frente infantil.

Algo impreciso enlazaba con anillos de hielo la virginidad pletórica de su cuerpo...

Un miedo extraño de ella misma la invadió, y locamente, furtivamente, corrió como un fantasma al campo silencioso donde la Luna esparcía ya, co-

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 51

mo una promesa, la dulcedumbre de su luz de plata...

Una ancha nube se extendía en medio del azul, semejante a las ramas gigantescas de un árbol ciclópeo sombrando maternalmente los ensueños de un lago tranquilo.

Silvia se detuvo un momento, asustada ante la espantosa serenidad de la Naturaleza.

Mas de repente, todo su frágil cuerpo se estremeció temblando con violentas sacudidas; de sus labios crispados se escapó un grito de dolor, que saltando sobre la noche de la tierra, subió a hundirse en el día del cielo...

Y entonces, sus dedos nerviosos y finos, azuzados por insólitas inquietudes, buscaron rabiosamente alguna cosa que desgarrar: las cuerdas de un arpa, de un alma acaso...

Y sus dedos no encontraron más que las flores blancas que adornaban nupcialmente sus cabellos y su escote...

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 52

Y lentos, lentos, con una lentitud martirizante y enfermiza, las fueron deshaciendo...

Y los albos y puros pétalos destrozados vuelan sobre su falda, y van a caer sobre la hierba, que en el silencio nocturno parece estremecerse en la angustia de una amargura ignota...

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 53

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 54

VII

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 55

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 56

Florecía abril en los rosales de los jardines, en los naranjos y en los granados de los huertos y en los almendros de las laderas.

Las nuevas golondrinas trinaban sobre los alambres de los parrales verdeantes, en torno de los caseríos encalados, como vestidos de fiesta para celebrar la primavera.

En las alamedas del molino, entre la melodía alada y fresca de las aguas de los remansos, los ruiseñores, ebrios

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 57

de azul y de sol, entonaban, con sus voces de cristal y de plata, la más sonora y suave epifanía de la vida.

De la tierra descendían los aromas campestres del romero y del tomillo; un perfume penetrante y tibio de azucenas, albahaca y nardos silvestres ascendía de las huertas y de los sembrados, y el olor áspero y salino del mar saturaba las brisas.

La iglesia católica, con toda la pompa pagana de sus liturgias, celebraba, en aquella gloriosa mañana de abril, la fiesta de las Palmas.

Silvia y Octavio se encontraron, como impulsados por una mágica coincidencia de sus deseos, en el lugar de su primera entrevista.

Aquel día se habían levantado alegres y exuberantes de entusiasmo como nunca.

Sus ojos y sus labios parecían sonreir a un ensueño, una esperanza que venía en camino por aquellas sendas

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 58

olorosas á flores y calientes de nidos...

—Mira, Silvia, cómo hoy está azul el mar y cómo el Sol resplandece sereno.

Y el joven, sonriendo suavemente, le indicó con el brazo la glauca e infinita superficie de las aguas, que una leve brisa rizaba de plata y de oro.

—¿No te parece—prosiguió en voz más baja, agitando en la transparencia del aire la esperanza viva y radiante de un ramo de oliva—que hay una perfecta y plena armonía entre todas las cosas exteriores, el sentimiento místico de esta fiesta, la exactitud de la hora y todo lo que sienten o debieran sentir nuestros corazones?

Silvia pareció asentir con un leve movimiento de cabeza, y continuó a su lado, mirándole febrilmente, con sus grandes ojos negros, que parecían rasgarse en la contemplación de algo vorazmente deseado y jamás conseguido.

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 59

El silencio fué breve: casi un parpadeo.

—Tú—exclamó Octavio, sosteniendo la mirada de ella con la acerada fijeza de sus pupilas dominadoras—, tú estás ya bien. Tus mejillas se encienden con todas las púrpuras de la salud, y hay en tus ojos y en tus labios una como resurrección de la vida. La primavera te ha curado.

—Tienes razón. Todo este verde, todo este azul, y tanta luz y tantas flores, me han restablecido. Parece que un alma nueva anima mi cuerpo...

—Te olvidaste del mar... ¿No te parece hoy más bello que nunca?

La joven enrojeció súbitamente, murmurando *sotto voce,* en un estremecimiento de todo su ser, como si estuviesen próximas a estallar sus alas:

—¡Sí!

—El mar es la poesía más bella, la más fuerte, la que más se asemeja a la de nuestras almas, la que más llena

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 60

nuestros corazones... Es cambiante, voraz, inquieto, arrullador y sereno... Tiene el encanto único y maravilloso de lo que siempre cambia sin dejar de ser lo mismo; de lo que se renueva y resucita constantemente... ¿Lo entiendes tú así, Silvia?

—Hoy sí... Acaso porque la fiesta de las Palmas siempre me conmovió profundamente.

Y en su voz había algo que procuraba escapar, huir a la sinceridad de su alma...

Octavio se quedó pálido, humillado en todas sus aspiraciones...

Esperaba otra respuesta, más en armonía con el sentido oculto de sus palabras...

La miró obstinadamente, queriendo profundizar hasta en lo más hondo de su espíritu, penetrarla del fuego que le consumía, del deseo violento y ya irrefrenable de hacerla sentir la antigua conmoción...

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 61

Y casi al oido se atrevió a susurrar, en una lentitud desesperada, mordiendo las frases:

—¿Sólo por esto?

Silvia no pudo sostener la mirada, ni escuchar tranquila la mordacidad de aquel acento que penetraba como un estilete, esgrimido por una mano cruel y sabia, hasta lo más recóndito de sus entrañas...

Abatida, sin fuerzas ya, bajó la cabeza, sin atreverse a responder...

Pero su actitud resignada, el desfallecimento de su cuerpo, toda ella, parecía suplicar, pedir arrodillada, con las manos en cruz y los ojos anegados en lágrimas, una tregua, una pausa, una espera, antes de pronunciar la palabra definitiva, la palabra que había de condenarlos o salvarlos para siempre.

Hubo un sollozo como ahogado por el rumor del mar, y nuevamente silenciosos, oyendo sólo el latir de sus cora-

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 62

zones, emprendieron el regreso hacia el pueblo, en una ascensión lenta y penosa de desesperanzados.

Y sin embargo, jamás habían estado tan cerca de la felicidad...

La muchedumbre se agolpaba al acantilado, en cuyo fondo hervía espumoso el mar entre las salientes de las rocas y los escollos de los pequeños islotes cubiertos de algas...

Sobre la cabezas destocadas ondeaba un loco júbilo de palmas y ramas de oliva.

Las campanas, en un escándalo alegre de bronces, estremecían los ecos del valle...

Todos los rostros reflejaban en su palidez angustiosa una ansiedad suprema.

Todos parecían esperar algo, con los ojos fijos en las soledades marinas, como espiando en ellas la sombra suave y santa de aquel dulce Rabbi de Galilea, a cuyo paso se calman las olas,

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 63

florecen los arenales y en las almas agostadas, en los sepulcros vivientes, resucita, como nuevo Lázaro, la ilusión de la esperanza...

Octavio se aproximó, impulsado por una viva curiosidad y por el interés que a su corazón generoso le inspiraban siempre los humildes, a un grupo de viejos tripulantes de parejas.

—¡Hola, Juan! — le dijo familiarmente a uno de ellos, el más anciano de todos.—¿Qué pasa?

El pescador, antes de responder, miró de alto abajo a Silvia, a aquella linda señorita, demasiado bien vestida y profundamente orgullosa para mezclarse con la gente del pueblo y comprender todas las fatigas y todos los dolores de sus vidas trabajadas por la necesidad y la miseria.

—Las parejas del *Rayo* y de *Luis* se han perdido esta mañana entre las nieblas y nadie ha vuelto a saber de ellas.

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 64

Como el mar estaba picado y hay marejadas de fondo, su tardanza nos preocupa.

—¡Pobres gentes!—exclamó compasivamente Silvia, aproximándose al grupo.

—¿Hay peligro?

—¡Siempre es peligroso dar contra un escollo! — respondió rudamente el marinero.

La joven palideció, mortificada por lo agresivo de la expresión.

—¡Bien podías—añadió severamente Octavio, encarándose con el viejo—tratar con todo el respeto que se merece a esta señorita!

El viejo, sorprendido por la violencia de aquellas palabras, miró a los jóvenes con malicia, y quitándose respetuosamente la barretina, murmuró entre dientes:

—¡Usted perdone, señorita!

Y se perdió entre los suyos, con las manos metidas en los bolsillos, fuman-

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 65

do su larga pipa de barro, cuyo humo perdíase, en leves espirales azules, en las vivas y fúlgidas claridades de la mañana.

Los amantes permanecieron un instante inmóviles, estremecidos interiormente por la noticia que amenazaba a aquellas míseras vidas, entregadas al azar de las olas.

Sus corazones buenos y magnánimos se abrieron a la piedad, y por sus ojos serenos pasó algo así como la sombra de una lágrima.

Y se miraron, sin hablarse, sonriéndose, como satisfechos de atesorar aún, a pesar de todas las vicisitudes de sus existencias errantes y solitarias, incólumes, en el fondo de sus almas, aquel amor y aquellas ternuras para las desgracias ajenas.

¿Cómo era posible que sólo para ellos, para su amor, para su esperanza, estuviesen exhaustos sus corazones?

Se miraron desesperadamente, como

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 66

interrogándose, en un anhelo infinito de expansión, en un deseo supremo de sinceridad.

Pero la palabra salvadora murió, estrangulada de emoción, en un leve suspiro, entre sus labios abiertos para el beso único y eterno...

Y de nuevo volvieron a la realidad, más pesarosos de su silencio, pero también más resueltos que nunca a continuar apagando en su frialdad de muerte todas las llamas voraces de sus hogueras interiores.

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 67

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 68

VIII

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 69

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 70

Parte de la muchedumbre, en un estremecimiento de angustiosa inquietud, se aproximó a la Iglesia.

El sacro acto comenzaba, mientras las campanas de la torre mudejar sonorizaban la serenidad azul de la hora, con el estrépito de plata de sus alegres y vivaces repiques.

Desde el interior del templo, la voz grave y austera de los cantores entonaba :

—*Gloria laus et honor tibit sit... Rex Criste Redemptor.*

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 71

El coro repetía con más fuerza, desde la penumbra:

—*Gloria laus et honor tibit sit...*

La muchedumbre se arrodilló en una imploración ferviente.

Todo parecía esperar al gran redentor de almas y de conciencias, al que había de devolver la esperanza a tantos corazones atribulados.

Silvia y Octavio, arodillados junto al presbiterio, sentían en el fondo más obscuro de sus conciencias como un divino resplandor auroral...

Ella, sobre todo, parecía dominada por una inquietud extraña y anhelante, que le hacía clavar, de cuando en cuando, la obstinación tenebrosa de sus miradas en la imagen sangrienta y dolorosa del Cristo, que expiraba entre las flores y los cirios del altar mayor...

¡Ah! ¡poder probar ella también esa redención, sentirse comprendida y amada por alguien, en medio de aque-

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 72

lla fiesta de música y de bondad de la Naturaleza!

Volvió a mirar desesperadamente a Octavio y pareció leerle en el rostro el mismo deseo.

Las manos se oprimieron nerviosamente.

Silvia tuvo que hacer un esfuerzo inaudito para no arrojarse en sus brazos, y allí, a la presencia de todo el pueblo arrodillado y ante la imagen de aquel Dios, que murió por el amor de los hombres, gritarle con toda la fuerza expansiva de su voz, contenida entre sus labios tantos y tantos años:

—¿Me has comprendido?

El coro calló. Los cantores de la Iglesia continuaron más dulcemente:

—*Hi plaucere tibi, placeat devotio nostra, Rex bone, Rex clemens, cui bona cuncta placent...*

La voz del órgano, en un desbordado torrente de caudalosas harmonías, preludió los compases de una marcha

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 73

triunfal, haciendo retemblar las altas bóvedas de la capilla e inundando los corazones de una viva y conmovedora alegría.

Las puertas se abrieron de par en par, y los fieles comenzaron a entrar en las naves, salmodiando:

—*Cum ramis palmerum Hossanna clamabant in excelsis.*

Y todo parecía agitado por un viento cargado de milagrosas promesas y de celestiales prodigios.

¿Qué gran misterio iba a rasgarse en el júbilo litúrgico de aquella hora santa que nos evoca una de las más bellas e ingenuas páginas del sagrado poema de nuestra redención?...

¡La entrada de Jesús en Jerusalem, entre los clamores y las bendiciones de un pueblo ebrio de la bondad de sus palabras, que alfombraba sus pasos con la oliva de la paz y las palmas de los triunfadores, bajo el dosel eternamen-

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 74

te azul y eternamente puro de los cielos de Oriente!...

Silvia y Octavio sintieron que también, en la Jerusalém interior de sus sueños, se abrían, entre un clamor sonoro de trompas de plata, las maravillosas puertas de diamantes, para dejar paso al cortejo triunfal y luminoso del Amor, el nuevo Redentor de sus almas...

Y ebrios de felicidad, con las manos aun enlazadas, clamaron también con el coro:

—*Cum ramis palmerum Hossanna clamabant in excelsis...*

Y sus voces parecían volar, con las espirales del incienso, por los altos ventanales, a perderse en la gloria luminosa del día, entre el clamor de las campanas y el estruendo del órgano...

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 75

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 76

IX

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 77

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección:, p. 78

De pronto, un grito poderoso resonó en la ribera, llegando hasta el templo y conmoviendo, en un estremecimiento de júbilo, a la multitud arrodillada:

—¡Las parejas! ¡Las parejas!

Pocas personas permanecieron en la Iglesia. Casi todas volvieron a la playa, agitando las palmas, y llamando a grandes voces a los que regresaban.

Las parejas avanzaban majestuosamente por el azul rutilante del mar, desplegada la blancura de las velas a las suaves brisas de la mañana, como dos palomas que después de haber azotado la tempestad con sus alas, regre-

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 79

san victoriosas a la seguridad de sus nidos.

Un monaguillo, escapado de la Iglesia, balanceaba rítmicamente, encaramado en lo alto de una roca, el turíbulo de oro, derramando blancas nubes de incienso, que iban a perderse en el azul profundo.

En los islotes de la costa palmoteaba un grupo de rapaces, animando con sus gritos alegres a los que llegaban.

Silvia oprimía aún en sus manos las de Octavio.

—¡Silvia! ¡Silvia!—exclamó al fin éste, hundiendo casi el rostro en la olorosa cabellera amada—. Si un día penetrases de mi brazo en esa Iglesia, y, al arrodillarte conmigo ante el altar, te preguntara: «¿Me amas, Silvia?», ¿qué responderías?...

Hubo un pequeño silencio...

Él se atrevió a insistir:

—¿Contestas?...

Ella le retiró las manos, y mirándo-

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 80

le fijamente, como entregándosele toda entera en la mirada, le gritó con una voz que parecía desgarrada del fondo del alma:

—¡Te amo! ¡Te amo!...

Sus corazones palpitaron por fin de amor, junto a aquella muchedumbre ruda, entre las palmas de triunfo y las olivas de paz levantadas en alto, delante del mar infinito y bello, donde las naves avanzaban con las velas desplegadas, como símbolos santos de esperanza y de redención.

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 81

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 82

LA NOVELA BREVE

REVISTA SEMANAL

Con objeto de vulgarizar la lectura de los grandes escritores extranjeros, cuyo nombre ha pasado a la posteridad con el galardón de la inmortalidad, apareció *La Novela Breve*, cuyo éxito y popularidad no ha conseguido alcanzar hasta ahora publicación similar alguna.

Se publica ordinariamente por cuadernos de 34 páginas de compacta lectura, equivalentes a un tomo de 200 páginas corrientes y se vende en toda España al ínfimo precio de o'10 el ejemplar y o'20 el doble o extraordinario.

He aquí el título de las obras publicadas:

1. La posada roja, por Honorato de BALZAC
2. El ataque del molino, por Emilio ZOLA
3. El sitio de Berlín, por Alfonso DAUDET
4. Caín y Artemio, por Máximo GORKI
5. Bola de sebo, por Guy de MAUPASSANT
6. Herodías, por Gustavo FLAUBERT
7. Margot, por Alfredo de MUSSET
8. El hidalgo de la estepa, por Iván TURGUENEF
9. Bartek el Victorioso, por Enrique SIENKIEWICZ
10. La dama de las camelias, por Alejandro DUMAS, hijo (Extraordinario)
11. Hermanita de los pobres, por Emilio ZOLA
12. Enriqueta, por Francisco COPPÉE
13. Corazón delator, por Edgardo Allan POE
14. El secreto del ahorcado, por Carlos DICKENS
15. Memorias de un tanteador, por el Conde León TOLSTOY
16. Tartarín de Tarascón, por Alfonso DAUDET (Extraordinario)
17. Adiós, por Honor
18. Historia de un mu

Las suscripciones y pedidos a la

B. Dip. Almería

AL-821-VII-res

1004131

Diputación de Almería — Biblioteca. Resurrección., p. 83